

DE LA ÚLTIMA ETAPA DE MI VIDA

ISIDRO MAYORDOMO

Al fallecer la abuela Antonia, mis hijos acordaron que me fuese con ellos. Evitaría los tristes recuerdos y estaría bien atendido. Lo acepté sin más, sólo puse una condición, la de que me admitiesen una cantidad de mi paguita para que me encontrase más a gusto.

Pero vamos a dar un salto para no resultar demasiado pesado en esta narración.

Después de pasar una larga temporada con mis hijos, profundamente dolorido, y con una amarga y desengañada experiencia en mi haber, por lo que había sufrido, con el triste recuerdo de mis queridos nietos, regresaba de nuevo al pueblo con las ideas claras y definidas. Sólo dos caminos había en el horizonte en mi vida: o buscarme una mujer como compañera o ingresar en una residencia. Pero teniéndome en cuenta la edad, me inclinaba más por lo primero, aunque preveía que no me sería nada fácil, ya que no podía ponerme un letrero en las espaldas y salir a la calle, pero había que intentarlo como fuera. De momento tenía unos vecinos con los que podía contar para todo, y que me serían de vital importancia como veremos más adelante.

Aquel jueves bajé al “mercadillo” al pueblo de abajo como lo llamábamos, necesitaba unas plantas para el huerto, sería una buena forma de hacer deportes a mi edad. Con la compra en las manos, entré en el bar de la parada del Coche de Línea. Sentado en una mesa pedí una caña de vino y una ración de tortilla que olía muy bien. Mientras me lo tomaba, me fijé en una señora metida en años pero de muy buen ver, que fregaba el suelo. Cuando llegó junto a mi mesa, me pidió por favor me pasara a lo fregado, ella misma me cambió el plato y la caña. En ese momento, guiado por una fuerza interior, le dije muy bajito: Señora, ¿usted me podría hacer un favor? Apoyada en la fregona me preguntó. Depende de qué clase de favor. Señora, no me interprete mal que yo vengo por derecho y pienso pagarle el favor.

Bajando la voz me dijo: Dentro de unos minutos me voy a casa, salga después suba esta calle arriba doble a la derecha, y en el número cuatro le estaré esperando. Debió verme cara de buena persona porque aceptó. Efectivamente allí estaba, sin demasiado remilgo me invitó a que pasara. Bien, siéntese. Y dígame qué clase de favor quiere que le haga, si es que viene por derecho. Señora, seré breve, pero vaya por delante mi agradecimiento por escucharme. Me explicaré: Hace tiempo que he enviudado, que ojalá me hubiese ido yo el primero, pero la vida es así y así hay que tomarla. Por tal desgracia, ha pesado una larga temporada con mis hijos. Me interrumpió diciendo: Ya, y no le aguantan. Señora se equivoca, soy yo quien no les aguanta por los abusos que han cometido conmigo. De ahí el que hay decidido buscar a una mujer como compañera o ingresar en una residencia. Bien, ¿y yo qué puedo hacer en todo esto? Señora, es muy sencillo el favor que le voy a pedir. Se trata de que usted busque a una mujer que crea me conviene, hable con ella y si está de acuerdo, interfiera para que nos entrevistemos, ni más ni menos. Pero ojo, que no se equivoque y crea que por ser viudo, la busco para la cama, ya que lo que yo necesito es una compañera, porque me encuentro solo, que es muy distinto. Eso sí que sea de buena familia, sobretodo limpia, en definitiva, una mujer de su casa. Si es posible, algo más joven que yo, y puesto a pedir que no sea tuerta, esto le hizo sonreír.

Para terminar, solo añadir que tengo casa, una “paguita” y un dinerillo ahorrado, por lo que creo podríamos comer una vez a la semana merluza fresca o chuletas de cordero. Le digo esto, porque es posible que le pregunten por mi situación económica. Estos son mis datos, y este número de teléfono que es el de mi vecina, y cuando llame como contraseña, le dice que ya puedo bajar a por los quesos, el día y la hora. Tome este dinero por si le originan gastos fuera de los quesos. Como no se trata de una medicina, no se precipite, ¿me entiende? Creo que sí. Bien pues me marchó y gracias una vez más.

El resultado de las gestiones no se hicieron esperar, ya que días más tarde mi vecina Lucía, me dijo que había llamado una señora, diciendo que podía bajar a por los quesos, día y hora. Preparado como para una boda, a la hora indicada llevaba a la puerta de Catalina que así se llamaba. Nada más entrar me di cuenta de que estaba muy preparada, sin duda, me acompañaría a la entrevista, pero no fue así como veremos.

En un tono nervioso, sus palabras fueron: ¡Anda que en menudo fregao me ha metido usted! Mujer yo no lo veo así. Señor Miguel, quiero que me escuche, porque me cuesta mucho trabajo explicarme, una no está acostumbrada a estos líos. Vaya por delante que no he hablado con nadie. Al oír esto sentí un tremendo escalofrío. Pero por favor, déjeme continuar. Con la mejor de las intenciones busco a una mujer, se tratan, se ponen de acuerdo, se casan y después la buena señora nos sale “rana”. ¿Se imagina usted el tremendo remordimiento de conciencia que me quedaría? Mujer, no sería culpa tuya, no olvide somos arcas cerradas, sandías sin calar o melones sin partir. Por favor, déjeme continuar, que le voy a presentar la otra cara de la moneda. Encuentro a una mujer, que creo reúne todas sus exigencias, se tratan, se ponen de acuerdo, se casan y son completamente

felices. Le interrumpí diciendo: ¿En este caso qué pasaría? Sencillamente que me moriría de envidia. Catalina, no comprendo a dónde quiere usted ir a parar. Pues escuche que lo va a saber enseguida. Para no exponerme a nada de lo que he dicho, y creyendo que reúno todas sus exigencias, sobretodo la de no ser “tuer-ta”, y tener unos años menos, he decidido que puedo ser yo esa mujer que usted necesita. Y que mi difunto marido me perdone, ya que ni esto lo he buscado yo, dicho esto se le saltaron las lágrimas. Huelga consignar sentí otro tremendo esca-lofrío pero en sentido inverso. Y ahora soy yo quien desea escucharle. Después de respirar profundamente, le dije con toda tranquilidad: Catalina, me has hecho pasar un mal rato, pero con tu decisión personal me has endulzado no sólo el paladar siento todo mi ser. Por lo que teniendo en cuenta que superas con creces todas mis exigencias, y aun dentro de mi profunda alegría, me preocupan varias cosas. Que no pueda darte todo lo que te mereces, y sobretodo, que te canses de llevar una vida demasiado tranquila a mi lado. Pues permítame que le diga a este respecto, creo que tengo bien merecida esa tranquilidad que a usted tanto le pre-ocupa. Pues me alegro oírsele decir, y gracias porque me lo has puesto demasiado fácil, procuraré que no te arrepientas.

En la parcela de Honorio y Lucía, nos encontrábamos los días que Catalina libraba y cuando lo consideramos oportuno, una mañana siendo los padrinos Ho-norio y su esposa, contraíamos matrimonio en el pueblo de Catalina.

Somos muy felices, sólo hemos tenido los inconvenientes de mis hijos y de la sobrina de Catalina, y todo por el puñetero egoísmo, pero nos dio igual a los dos.

Solo añadir que Lucía tuvo plenos conocimientos de quien era Miguel Rodrí-guez de Paz, por medio de su párroco que se entrevistó con el nuestro.

Hoy, modestia aparte, somos un jemplo a seguir en el pueblo, por la vida que llevamos.

La Camorza Alta, 23-10-09